

WERNER BAHNER, *Beitrag zum Sprachbewusstsein in der spanischen Literatur des 16. und 17. Jahrhunderts*. Rütten und Loening. Berlín, 1956; 180 pp.

Cuando las nuevas unidades nacionales europeas del siglo XVI buscaron el apoyo de la naciente ciencia del lenguaje para robustecer su visión de sí mismas, se manifestaron entre los letrados dos tendencias afines: una exaltación decidida del latín y un gran desprecio por los dialectos provinciales. Mucha fue la tinta que corrió en torno a debates como éste: ¿Cuál de los idiomas nacionales se acerca más al latín y está, en consecuencia, mejor adaptado para un uso universal? Los humanistas de España no sólo tomaron parte en esta polémica europea, sino que algunos de ellos contribuyeron con teorías originales, y a veces bastante fantásticas. El libro de Werner Bahner hace por primera vez una comparación entre tales teorías, estudia sus repercusiones en la literatura y busca el origen de todo ello en la situación histórica del momento.

La relación entre el latín y las lenguas romances era ya conocida en la Edad Media, como también lo era la leyenda (patrística) de que el idioma primitivo de los españoles fue el llevado por Tubal después de la ruina de la Torre de Babel. Después de seguir la historia del prestigio del castellano entre todas las lenguas medievales desde tiempos de Alfonso X, pasa Bahner a un importante texto de Juan de Lucena (*Libro de vida beata*, 1463) en que se dice que la latinización progresiva de una lengua la enriquece —Lucena piensa en un enriquecimiento a base de latín medieval—, aunque se añade que los “cortezanos” desdeñan por pedantesco ese procedimiento.

Nebrija, iniciador de lo que se puede llamar filología, tiene ya conciencia del factor específicamente histórico. Según él, los idiomas viven y mueren como los hombres. Si el latín se corrompió, también el castellano puede corromperse, y por eso urge codificarlo. La España de los Reyes Católicos ha llegado a un apogeo, y la lengua —la hablada en esta época en Castilla— es compañera fiel del imperio. Pero esta lengua es producto de la “corrupción del latín”, corrupción atribuida por Nebrija, como por los humanistas italianos, a las invasiones germánicas y a las irregularidades del latín medieval. Consecuente consigo mismo, Nebrija estaría dispuesto a no admitir en el léxico castellano sino las voces de origen romance. Todo lo cual concuerda con el orgullo que hacia esa época sentían los hablantes de ciertas lenguas consideradas como menos “corrompidas”.

Viene en seguida Juan de Valdés, el primero que especuló sobre los orígenes del español, y que creyó que un gran número de grecismos había penetrado en la Península antes de ser romanizada, de la misma manera que algunos franceses e italianos (sobre todos los traductores helenistas) subrayaron ciertos paralelos entre el griego y las lenguas romances. Otro aspecto del pensamiento filológico de Valdés es su gran afición a los refranes y a las “frases hechas”; pero, a diferencia de Erasmo, que los ve como *emulación* de los antiguos, lo que alaba Valdés es la labor de *selección* hecha por el genio del pueblo a través de los tiempos.

A mediados del siglo xvi entran en escena algunos filólogos menores que hablan de la primordialidad de la lengua vasca y achacan “impurezas” al castellano. Eruditos de habla vascuence, como Poza y Garibay, declaran —¿con alguna oculta intención política?— que el idioma llevado por Tubal a la Península fue el vasco. En contra de ellos no tardarán en levantarse eruditos castellanos como el padre Mariana. Y Jacinto de Ledesma dirá (1626) que los vascos no fueron sino invasores de España.

Bahner pasa en seguida a exponer una de las teorías medulares de la filología española del siglo xvii, la que él llama del “Ur-castellano” o castellano primordial. Esta teoría fue enunciada por Gregorio López Madera, erudito madrileño y alto funcionario del Consejo de Castilla, ocupado en materias de jurisprudencia y arqueología, en un libro (1601) acerca de los hallazgos del Sacro Monte de Granada, “reliquias” de inmemorial antigüedad (según se dijo), acompañadas de documentos, algunos de ellos en español. La conclusión de López Madera es que el castellano fue el idioma original de España, existente desde la época del mismísimo Tubal. (Ya Alonso de Madrigal y Florián de Ocampo habían supuesto que el latín no fue más que una influencia tardía, completamente ajena al origen del español). López Madera, que interpreta a su modo a los autores antiguos, sostiene que ninguna de las alusiones de estos autores a una lengua indígena de España se refiere al vascuence. El léxico —dice— puede contaminarse fácilmente, pero en lo que vive un idioma primitivo es en su sintaxis, en sus “frases hechas”, en sus topónimos. López Madera prescinde del catalán y del portugués: sólo el castellano fue uno de los setenta y dos idiomas de la tradición patrística.

Lo curioso es que esta peregrina doctrina tuvo adeptos insignes. Así, Gonzalo Correas ve en el latín y el castellano dos lenguas que se complementan mutuamente desde tiempos remotos, y afirma que el prestigio del latín no se debe sino al pequeño orgullo de quienes se han quemado las pestañas estudiándolo. Declara que el latín no fue uno de los setenta y dos idiomas babélicos —aunque tal vez lo fuese el desaparecido etrusco—, y concluye que es menos claro y menos expresivo que el español. Otros seguidores de López Madera son Bermúdez de Pedraza (1608) (según el cual los apóstoles hablaron —¿por qué no?— en castellano el día de Pentecostés), Tamayo de Vargas, Ximénez Patón, Viana, y todavía Pellicer Ossau y Tovar en un libro fechado en 1672. Es significativo el hecho de que muchos se resistieran a dudar de la teoría a causa del peso de la autoridad de López Madera.

Pero en la misma década en que se publica el libro sobre las “reliquias” de Granada, aparece también la obra de un verdadero filólogo, la del malagueño Bernardo de Aldrete (Roma, 1606), que retoma la tesis del “latín corrompido”. Aldrete no se detiene a especular sobre las lenguas primigenias de España, ni se ocupa de las setenta y dos babélicas, obliteradas en todo caso por el latín. De una manera muy siglo xix, explora la morfología y establece una comparación de la sintaxis castellana con la italiana y la francesa. Desprestigia la noción de “frases hechas” emitida por López Madera, observando que todo el mundo “las hace” cada día; por lo demás, niega importancia a la sintaxis y al

léxico aparentemente no latinos. Aldrete, pues, parece tener una notable previsión de lo que van a ser los métodos modernos, si prescindimos de su manía de achacar casi todas las corrupciones a los invasores germánicos (en latín no hay artículo definido, *ergo* es un préstamo de la lengua de los godos, etc.). Aldrete, por supuesto, se cuida mucho de expresar dudas en cuanto a la autenticidad de los "documentos" granadinos de López Madera, y concede piadosamente que fueron "proféticos" de épocas muy posteriores del idioma. Por último, es Aldrete quien propone (en 1614) la tesis de la unidad de todos los idiomas semíticos. Sus descripciones metódicas del lenguaje, dice Bahner, lo colocan entre los mejores filólogos del campo romance de los siglos xvi y xvii.

A continuación relaciona Bahner estas dos teorías con las grandes corrientes ideológicas y estilísticas del siglo xvii. Hace notar que L.-P. Thomas, en 1909, dijo que el camino hacia una comprensión de las concepciones lingüísticas de Góngora debería quizá ir más lejos, es decir, a una noción coetánea acerca del origen del español, por ejemplo la tesis del "latín corrompido" de Aldrete. Bahner trata de establecer la conciencia del ser y destino de la lengua española que correspondía al siglo xvii, e insiste en el hecho de que esta conciencia lingüística estaba vinculada, como en todo país de habla romance, a la conciencia misma de nacionalidad. Aldrete tiene en tanta estima al latín como al español; pero ya Cristóbal de Castillejo había comparado los destinos políticos de los dos imperios, Francisco de Medina había reclamado para las letras de España la gloria y la atención que merecían sus armas, y Ferrera había preconizado una poesía nacional pero inspirada estrictamente en la antigüedad clásica. La invitación para una renovación digna del castellano estaba hecha, y cabía el orgullo de Góngora de haber igualado la elocuencia romana, o sea de haber superado en parte la "corrupción" del latín hispanizado, y renovado el idioma materno. (Se sabe, por lo demás, que Aldrete fue gran amigo suyo, y miembro, como él, del cabildo de la catedral de Córdoba).

Por autores como Alonso de Carvallo (1601) se sabe que las formas lingüísticas latinas eran tenidas como cuerpos extraños, y que hubo, de hecho, una oposición concertada contra el procedimiento de "renovación". Cascales, entre otros, hace la observación de que el castellano y el latín tienen estructuras incompatibles, y más tarde Lope de Vega y Quevedo, desde su puesto de defensores de la "pureza castellana", se opondrán, aun en las invenciones literarias más atrevidas, a los afanes latinizantes de sus rivales. Se nota aquí una escisión no tanto en teoría (ya que ambos bandos reconocen que el auge de la poesía española se debe a la inspiración grecorromana) cuanto en la práctica. Para Góngora, las dos lenguas son, en la práctica, una unidad; para los opositores, es más valioso el genio de la estructura del castellano.

Ya Viana había ponderado el laconismo del español, y había declarado que, mientras los españoles podían escribir un excelente italiano, los extranjeros jamás podrían impregnarse del genio del castellano. De ahí la renovación del prestigio de los refranes, esos "pequeños evangelios" que los españoles tienen en más que los griegos a sus filósofos. Los conceptistas, de la mano de López Madera, podrán sentirse en la línea

de descendencia de los españoles primitivos. Quevedo, aunque de hecho no acepta sino una parte de la tesis de López Madera —en su *España defendida* (1609)—, sostiene que el castellano es una lengua primigenia, y que los elementos latinos y hebreos (!) que pueda tener son simples rasgos advenedizos.

Bahner cree que los sañudos ataques lanzados en el siglo xvii contra el culteranismo fueron alentados por los partidarios de la tesis del “Urcastellano”. Es verdad que López Madera desdeña expresamente los esfuerzos de Herrera, pero también hay que tener en cuenta el antagonismo entre castellanos y andaluces: en el ataque prototípico de “Prete Jacopín” contra Herrera (antes de 1580) flotan ya ideas que López Madera concretará más tarde. Años después, Ximénez Patón expresa admiración por los escritos de Aldrete, pero se pone al lado de López Madera por patriotismo. Con razón concluye Bahner que, para un español letrado de esta época, la noción de verdad en materia de lingüística y de historia, y su adhesión a un programa literario, se subordinaban casi siempre a su lealtad a la patria chica.

El libro de Bahner es sumamente interesante, y el tema en él abordado tiene, además, el mérito de la novedad. Sus notas contienen extensas y valiosas transcripciones de textos de esta olvidada controversia. Su conocimiento de paralelos en el pensamiento lingüístico de otros países europeos le ha simplificado la tarea. Pero cabe preguntar si su último capítulo no exagera un poco la envergadura del debate. En resumidas cuentas, los ataques de Lope de Vega, Polo de Medina y otros contra la poesía culterana por “mahomética” o “luterana” abundan tanto como los ataques contra la arrogancia de espíritu de los poetas innovadores (“poetas / que hoy se precian de divinos”, dice Lope en *El castigo sin venganza*, I, 1). Es de lamentar que Bahner no haya mencionado ningún ataque concreto, ya sea contra Aldrete, ya contra López Madera, en textos de cualquier autor de importancia del siglo xvii, pues esto hubiera dado más vigor a su punto de vista.

ALAN SOONS

University of the West Indies.

MARGARETE NEWELS, *Die dramatischen Gattungen in den Poetiken des Siglo de Oro*. Steiner Verlag, Wiesbaden, 1959; 192 pp.

Modestamente, la autora de esta monografía declara que su obra es sólo una introducción a la relación entre teoría y práctica en la producción dramática durante la época de Lope de Vega y la precedente. En realidad, es mucho más: el análisis a que somete los documentos bien pudiera conducir al hundimiento definitivo de la especulación romántica que tanto hincapié hace en nociones como el “popularismo” característico del teatro español o su “nacimiento espontáneo” en cierta época de la historia. La misma suerte aguarda al dogmatismo que da por existente una verdadera “guerra literaria” entre Lope y los preceptistas aristotélicos.